



JOCOSA RELACIÓN

PARA REIR Y PASAR EL TIEMPO

en que se refiere y da cuenta de una cruel y sangrienta batalla que en los campos de Araviana tuvo el valiente y esforzado León, rey de todos los animales, con el famoso y alentado Grillo, rey de todas las sabandijas.

Atiéndame todo el orbe
sin perder tiempo ni paso,
escuchando á boca abierta,
con los oídos tapados;
que con esta condición
Andrés de Porras Trellado
les dirá dos mil verdades,
aunque vestidas de sayo:
mil mentiras, afeitadas
y embelecós extremados.

En fin, contará una historia
de pasatiempo y regalo,
de placer y de alegría
que ha sucedido en el año
de cien mil y novecientos,
pasados noventa y tantos,
en tiempo de primavera,
y en los abundosos campos
de la ilustre Araviana,
ribera de Guadiano.

Un domingo de mañana se iba un León paseando por una cañada arriba, algo enfermo y maltratado, porque una gran calentura le tenia muy acosado; y andando de aquesta suerte pisó á un Grillo que cantando estaba con armonia, sirena de aquellos campos. Viéndose el bueno del Grillo del León tan lastimado, tan pisado y abatido, colérico y enojado, le dijo: «¿Cómo, atrevido, traidor, pérfido, villano, embustero, trapisonada, palanquin de oficio bajo, al rey de las sabandijas tratas con tanto descaró?» Volvió el León la cabeza, y como no haciendo caso, le dijo: «¿Quién eres tú, pobre esguizaro cuitado, bachiller, mal malandrín, cascabel de lo más vano? ¿dices que de sabandijas eres rey? ¡donoso caso! no te deshiagas, por cierto, de tan honrados vasallos: yo sí que soy rey supremo de los animales bravos, que en la tierra libremente campa mi nombre ensalzado.» El Grillo con grande enojo, remordiéndose los labios, le dice: «Pues si eres rey tan supremo y tan bizarro, para mañana en la tarde convocarás tus vasallos, mientras hago yo lo mismo y con mis fuertes africanos, y saldremos á batalla cuerpo á cuerpo y brazo á brazo.»

Dijole el León: «¡Conformate doime por desafiado.» Y sin detenerse un punto partió más vivo que un rayo, corrido de ver que un Grillo así le hubiera retado. Fuése á su corte, y allí que llamasen ha mandado á su general valiente, que era un borrico extremado, un asno con más orejas que la torre de San Pablo: abiertas ambas narices, más cabeza que un peñasco, bien formado de sus miembros, galán, discreto y bizarro, de muy lindo entendimiento, muy amoroso en su trato, el cual, puesto en la presencia del León, meneó el rabo y las orejas, en prueba de sumisión, y así hablando «¿Qué se te ofrece, señor? aquí estoy á tu mandato.» El León le dice: «Amigo, buen general afamado, sábrás que un vil sabandija, que da vergüenza nombrarlo, á todos nos desafia atrevido y denodado: apércibase la guerra, convoquese todo el campo, tremolen los estandartes, los tambores resonando.» Dijo entonces el borrico: «Se hará en todo tu mandato.» Despidióse, y luego que los pífanos resuccharon, los animales acuden como valientes soldados. Acudió el mastín, el tigre, el ciervo, el oso, el venado, el jabali, el elefante, el leopardo y el centauro,

el corzo y el puerco-espín,
el búfalo y dromedario,
la liebre, el conejo, el mono,
el mico, el toro, el caballo,
el camello, oveja y lince,
el tejón, guardaño y gato,
el perro, el cerdo, la mula,
el rinoceronte y gamo,
el grifo y el unicornio,
carnero, horrico y macho.
Junto el ejército todo,
y puesto en orden el campo,
enviaron á la zorra
por espía del contrario.
Ella, orgullosa en extremo,
fuese á un cerro, y de lo alto,
vió cómo el Grillo andaba
su ejército concertando.
Vió acudir las sabandijas:
de todo lo comarcano;
la culebra, el serpeñin,
la víbora y el lagarto,
el lirón, la comadreja,
la lagartija y el tábano,
la araña, escarabajo,
la curiana, el escorpión,
el ratón, topo y sapillo,
langosta, hormiga y el sapo,
el ciempiés y el alacrán,
la tarántula, el carábano,
el tábano y moscardón,
la abeja, bicho y gusano.
Junto el ejército todo,
mandó el Grillo por un bando,
que aquella gente menuda
se recogiese al sagrado
de un canuto, porque quiere
dejarlos allí encerrados,
pues siendo gente de chusma
teme le dejen burlado;
moscas, tábanos, mosquitos
al momento se encerraron,
avispas y moscardones,
y todo el demás ganado.

La zorra, que desde el cerro
todo lo estaba mirando,
viendo gente tan pequeña,
dijo en su mente burlando:
para tan vil gente, yo
sola sin compañía basto.
Se fué donde el Grillo estaba,
y le dijo: «Anda, menguado;
¿con tan vil gente pretendes
combatir al fuerte bando
del León, que en fortaleza
excede al mundo abreviado?»
«Ahora verás, dijo el grillo,
si mis valientes soldados
pueden con el mundo entero
medir su invencible brazo».
Y diciendo esto, destaca
de tábanos tres ó cuatro,
con otras tantas avispas,
que enderezaron cual rayos
hacia la zorra. Ella, viendo
que no puede desecharlos,
parte como un torbellino
dándose á los mil diablos,
y sin detenerse un punto
se lanza en el Guadiano.
Y luego que se vió libre
de tan penosos contrarios,
aunque es verdad que salió
con todo el hocico hichado,
corriendo se fué á su cerro,
escarmentada del caso.
Desde allí vió que el Grillo
con su gente se ha llegado
adonde el León estaba
poniendo en orden su campo.
Vió cómo á la batalla,
el uno y el otro bando
nacen la seña, y que todos,
tan fuertes como bizarros,
unos contra otros se embatean
con coraje denodado;
las fuertes culebras tiran
muy crueles latigazos

y los tigres urañadas;
tremendas coces los asnos;
mas como son tan valientes
los leones africanos,
en la sangrienta batalla
llevan lo mejor del campo.
Viendo el Grillo que su gente
va vencida del contrario,
con un valor invencible
fué adonde había encerrado
los tábanos, moscardones
y todo el demás ganado,
y dió puerta franca á todos,
animándolos al caso.
Ellos, que se vieron sueltos,
como arrogantes y bravos
embisten furiosamente,
por todas partes picando.
Viendo la casta jumenta
que la mosca en tanto grado
los persigue, que parece
que el viento se ha desatado
en llover gente menuda,
se acogieron al sagrado
de los pies; en la ocasión
alas de viento tomaron.

Y aguzando las orejas,
tirando coces y el rabo
esgrimendo á todos partes,
van que se los lleva el diablo.
El León con grande enojo,
iracundo y blasfemando
del infame de su padre,
les dice á voces: «Villanos,
¿como huís de aquesta suerte,
gente vil, de bajo trato?»
Estando en estas palabras
veinte avispas han llegado,
y cercándole entre todas,
la pellica le han sobado;
mas viéndose perseguido
y que el defenderse es vano,
parte huyendo con su gente,
que se va ya dispersando;
y la zorra desde el cerro
les dice ¡al agual soldados.
Toman ellos el consejo
y al río se van entrando,
dándole al Grillo la palma,
dejando por suyo el campo,
y en tan sangrienta batalla
rendidos se confesaron.

FIN

